

Meditaciones: jueves de la 2.^a semana de Cuaresma

Reflexión para meditar el jueves de la segunda semana de Cuaresma. Los temas propuestos son: el valor de los bienes terrenos; tener compasión por quienes nos rodean; ver los Lázaros a nuestra puerta.

- El valor de los bienes terrenos.
- Tener compasión por quienes nos rodean.
- Ver los Lázaros a nuestra puerta.

EL EVANGELIO nos presenta la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro. El primero es un hombre que vive en el lujo, pensando solamente en su propio bienestar. Jesús no nos dice que fuera un hombre injusto; simplemente, «que vestía de púrpura y lino finísimo, y todos los días celebraba espléndidos banquetes» (Lc 16,19). Junto a su casa, un pobre llamado Lázaro «yacía sentado a su puerta, cubierto de llagas». Epulón está tan atento a sus riquezas que ignora su existencia. Lázaro no recibe ningún cuidado y se alimenta únicamente de las sobras que caen «de la mesa del rico» (Lc 16,21). «Vanos eran sus pensamientos y vanos sus apetitos – dice san Agustín sobre Epulón–. Cuando murió, en ese mismo día perecieron sus planes»^[1]. Efectivamente, Jesús nos cuenta que

ambos mueren, pero su destino es abismalmente distinto.

«Señor, mira si mi camino se desvía y guíame por el camino eterno» (Sal 138, 23-24), suplicamos con el salmo. Sabemos que la vida plena, aquella en la que permanecemos siempre libres para amar, no depende exclusivamente de los bienes terrenos; allí no está nuestra seguridad ni nuestra felicidad. San Josemaría nos recuerda que nuestro «corazón no se satisface con las cosas creadas, sino que aspira al Creador»^[2]. La Cuaresma es un buen momento «para descubrir de qué manera las cosas materiales de las que disponemos contribuyen a llevar adelante la misión que Dios nos ha confiado. Podremos, entonces, desprendernos más fácilmente de las que no lo hacen y caminar ligeros como el Señor, que no tenía “dónde reclinar la cabeza” (Lc 9,58). Con la pobreza, aprenderemos a apreciar

las cosas del mundo en cuanto vemos en ellas su valor como camino de unión con Él y de servicio a los demás»^[3].
—

DURANTE su vida, Lázaro no tuvo ninguna de las ventajas de las que disfrutó Epulón. Del relato se desprende que es un hombre piadoso, que pone su esperanza en Dios, y por eso es llevado por los ángeles a la morada eterna. Bien se podría decir de él lo que rezamos en el salmo: «Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor» (Sal 1). La clave que explica el destino eterno de uno y de otro, tan distintos entre sí, no es la riqueza en sí misma, sino lo que sucedía en el corazón de ambos. El rico es condenado no por lo que posee, sino por su total falta de compasión. «Aprended a ser ricos y pobres –comenta San Agustín–,

tanto los que tenéis algo en este mundo como los que no tenéis nada. Pues también encontráis al mendigo que se ensoberbece y al acaudalado que se humilla. Dios resiste a los soberbios, ya estén vestidos de seda o de andrajos; pero da su gracia a los humildes ya tengan algunos haberes mundanos, ya carezcan de ellos. Dios mira al interior; allí pesa, allí examina»^[4].

Lázaro no cuenta para el mundo. Por su miseria y soledad, solamente el Señor cuida de él. «A quien está olvidado de todos, Dios no lo olvida; quien no vale nada a los ojos de los hombres, es valioso a los del Señor»^[5]. La parábola nos invita también a vivir la virtud de la caridad, de manera especial con las personas que tenemos más cerca de nosotros y con quienes padecen más necesidades. «Nuestras cosas y nuestros problemas nunca deben absorber nuestro corazón hasta el

punto de hacernos sordos al grito»^[6]
de los demás. «Cada uno, sin ninguna
excepción, debe considerar al
prójimo como *otro yo*, cuidando, en
primer lugar, de su vida y de los
medios necesarios para vivirla
dignamente, para que no imiten a
aquel rico que se despreocupó
totalmente del pobre Lázaro»^[7].

«YO, EL SEÑOR, examino el corazón,
sondeo el corazón de los hombres
para pagar a cada cual su conducta
según el fruto de sus acciones» (Jer
17,9-10). Después de la muerte, Dios
nos juzgará y nos «pesará» conforme
a nuestras obras. Se presenta en
nuestra vida esta alternativa: el
camino seguro de quien confía en el
Señor, como Lázaro; o la senda
estéril del que pone toda su
esperanza en las cosas materiales,

aquellas que puede dominar, como el rico Epulón.

San Josemaría prevenía así ante «la mentalidad de quienes ven el cristianismo como un conjunto de prácticas o actos de piedad, sin percibir su relación con las situaciones de la vida corriente, con la urgencia de atender las necesidades de los demás y de esforzarse por remediar las injusticias»^[8]. El amor a Dios se expresa en desvelo por los demás; no se queda en un sentimiento, se traduce necesariamente en servicio concreto, a personas concretas, aunque eso suponga despojarnos de ciertas aparentes seguridades personales.

«La misericordia de Dios con nosotros está estrechamente unida a nuestra misericordia con el prójimo; cuando falta nuestra misericordia con los demás, la de Dios no puede

entrar en nuestro corazón»^[9]. Le pedimos a santa María la gracia de ver con nitidez los Lázaros que hay a nuestra puerta, mendigando nuestra atención y cariño.

^[1] San Agustín, Sermón 33 A, 4 sobre el Antiguo Testamento.

^[2] San Josemaría, *Conversaciones*, n. 110.

^[3] Mon. Fernando Ocáriz, Mensaje, 20-II-2021.

^[4] San Agustín, Sobre el Salmo 85.

^[5] Benedicto XVI, Ángelus, 30-IX-2007.

^[6] Benedicto XVI, Mensaje para la Cuaresma 2012.

^[7] Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 27.

^[8] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 98.

^[9] Francisco, Udienza, 18-V-2016.

pdf | Documento generado
automáticamente desde [https://
opusdei.org/es-ni/meditation/
meditaciones-jueves-de-la-2-semana-de-
cuaresma/](https://opusdei.org/es-ni/meditation/meditaciones-jueves-de-la-2-semana-de-cuaresma/) (16/03/2026)